



CAPÍTULO XLIV.

LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE.

ARTÍCULO I.

Importancia de esta materia. — La arqueología prehistórica con sus tres edades. — Diferencias de opiniones. — Hechos antiguos y recientes que quitan la fuerza á las razones de los autores prehistóricos.

Todo su estudio ocupan los racionalistas modernos en desdorar con el aparato de las ciencias, el valor de la historia mosaica acerca de la formación del hombre, por ser éste el eje en que se revuelve toda la máquina de la religión revelada. Las infinitas objeciones que á la letra del Génesis suelen hacer, á dos cabezas principalmente se reducen: á la antigüedad del hombre, y á su origen y manera de formación. Y pues de esta segunda parte hemos tocado lo que conviene al intento de esta obra y á la cortedad de nuestro ingenio, falta que discurramos brevemente por la antigüedad del género humano. Para descifrar los secretos de los tiempos, la arqueología prehistórica auna sus esfuerzos con la paleontología, con la lingüística, con la antropología, que son ramos muy tiernos aún; cuyos descubrimientos, si algunos rayos envían que prometan suceso feliz, no hacen argumento demostrativo para fallar con acierto (a). Á

(a) Habiendo el controversista Venturoli publicado en varios escritos una refutación formal de las edades prehistóricas, salióle al encuentro el profes-

la crítica toca, pues, recibir con encogimiento los fallos de estas disciplinas del humano saber. ¿Quién hay que haya leído con la debida cautela los anales de todos los pueblos? Y si algunos vemos descifrados ya en las piedras de sus monumentos, ¿quién nos certificará que sean nuestras interpretaciones tan verdicas que nada les falte, nada les sobre? La pseudo-ciencia, despreciadora de las tradiciones seculares, ha pretendido exaltar sin medida la antigüedad de la especie hu-

manera (b); tratemos de poner en claro cómo ni la arqueología, ni la paleontología, ni la lingüística, ni la etnografía, ni la misma cronología son normas bastantes seguras para determinarla por indubitable manera. Haciendo correr el discurso por las edades prehistóricas, llamadas vulgarmente de la piedra, del bronce, del hierro, hemos de advertir que Thomsen fué el primero que imaginó tres épocas consecutivas, en que el hombre empleó diferentes materias de instrumentos para mirar por su vida y subvenir á su necesidad. Al principio usaba armas de piedra tosca y sin la

ser Castellfranco en el *Anuario Científico industrial* de Milán, con esta amarga censura: «De paso denunció un libro del Sr. D. Marcelino Venturoli, intitulado *Le età preistoriche*; y declaro que lo hago de mala gana, pues no es ningún trabajo científico, sino una polémica religiosa. El autor piensa que la paleontología no es más que una *mezcolanza de verdades y mentiras, de ideas viejas y de conceptos torcidos, de cuestiones no definidas y de hipótesis arribadas*; niega la existencia de las tres edades prehistóricas, y empeñado en probar su aserto, amontona sobre base deleznable toda suerte de argumentos vacilantes. Querer yo aquí contar los errores y contradicciones en que incurre este autor, es tarea tan ardua, que renuncio á ella de buen grado, y paso adelante.» (1882, parte 2.ª, p. 645.)

Á los fieros del profesor Castellfranco respondió Venturoli con el brio que el caso pedía. (*Scienza Italiana*, 1880, p. 28.) En esto se ajustó al parecer del P. Fray Jerónimo de san José, que dice así: «Si alguno tiene por soberbia el responder, advierta que mucho más lo es el acusar. Esto puede excusarse muchas veces, aquello emitirse menos; y en algunas, ni la acedia, ni la aspereza de la respuesta; porque imputada la calumnia, no sólo el callar, pero el responder con menos brio, daña; pues igualmente se reputa á confesión

manera (b); tratemos de poner en claro cómo ni la arqueología, ni la paleontología, ni la lingüística, ni la etnografía, ni la misma cronología son normas bastantes seguras para determinarla por indubitable manera.

Haciendo correr el discurso por las edades prehistóricas, llamadas vulgarmente de la piedra, del bronce, del hierro, hemos de advertir que Thomsen fué el primero que imaginó tres épocas consecutivas, en que el hombre empleó diferentes materias de instrumentos para mirar por su vida y subvenir á su necesidad. Al principio usaba armas de piedra tosca y sin la

el silencio, que la respuesta floja.» (*Genio de la Historia*, tercera parte, cap. VIII.)

Los españoles somos muy formales. También á La Cezación le ha salido su Castellfranco, más pacientemente que el milanés, empeñado en *notar errores y contradicciones* á este capítulo de las edades prehistóricas. Dió á luz las observaciones del censor español la *Revista contemporánea* (30 Marzo, 1891, p. 564), de cuyas páginas será conveniente tomar ocasión para extender la materia de este capítulo (dejando en su integridad el texto) por vía de notas, que sirvan de respuesta, no tanto al preclaro académico de la Historia, cuanto á la escuela á que parece quiere pertenecer. No es necesario declarar al sabio lector, porque leyendo está bien persuadido, que de ninguna manera condenamos el uso, sino sólo el abuso, que los versados en estudios recientes suelen hacer de sus descubrimientos. Ojalá fueran muchos en España los varones que consagrasen sus talentos al cultivo de estos ramos, y saliesen tan consumados en ellos como nuestro Vilanova: serían justos acreedores á la estimación de la patria y de la ciencia.

(b) «La ciencia, no la pseudo ciencia, ó á medias, ni la falsa y caediza, sino la sólida verdadera..., se propone trazar la historia de la humana especie, tomándola desde su aparición en la tierra; y como quiera que haya probado hasta la evidencia con datos irrecusables que aquella data de tiempos muy anteriores á lo que equivocadamente se consideraba antes como comienzo de la historia, de aquí la remota evidente antigüedad, sin que esto altere en lo más mínimo el significado del capítulo primero del *Hexámero*, ni nuestras arraigadas creencias.» (*Revista contemporánea*, 30 de Mayo, 1891, p. 566.)

Primeramente, «dicen nuestros modernos filósofos: Nosotros no armamos cuestión sobre los últimos seis ó siete mil años, transcurridos por el humano linaje; estamos de acuerdo y convenimos en que pueda decirse que en todo ese tiempo ha tenido el hombre su historia sobre la tierra. Pero más allá de esa época el

brar en la guerra y caza; presto la experiencia le enseñó el arte de desbastarla y pulirla, de donde nacieron puntas de flecha, martillos, cuchillos, clavos, vasos de piedra, con que partía las frutas y destrozaba las carnes de venado, y crudas ó al sol calentadas servíanle de sustento. Á esta doble edad de la piedra llaman *paleolítica* y *neolítica*; ó sea edad de la piedra tosca, y de la piedra labrada. La segunda edad fué la del bronce, indicio de progreso; porque descubierto ya el uso de los metales, fundió el hombre el cobre, alateado con el estaño, forjó aceros, templó navajas, vació cortantes, hambre ya vivía, y vivía sin que nadie historias sus aventuras, sus empresas, cualesquiera que fuesen. Este hombre fué verdaderamente prehistórico, porque fué antes que la historia comenzase, y consiguientemente la ciencia que sin ayuda de la historia descubre la índole y condición de tal hombre, puede sin disputa llamarse ciencia prehistórica.»

Á este modo traza la *Civiltà Cattolica* (serie x, vol. vi, p. 692) el sistema prehistórico; sistema defendido con grande aparato de razones hasta por muchos enemigos de la católica verdad.

Pero ello es que en esta parte su ciencia no es sólida y verdadera, por más que las adornen con tan pomposos nombres. La historia del hombre comienza en Adán: en tiempos anteriores á nuestro padre Adán, no hay historia ni prehistoria humana. Desde Adán hasta los israelitas en Egipto, tenemos historia humana, no prehistoria; y eso, aunque ignoremos los hechos de gran número de familias humanas. De donde concluye la *Civiltà Cattolica* que «la ciencia prehistórica no existe» (ser. x, vol. vi, p. 691). Á lo sumo, «es un metro nombre» (*Études religieuses*, t. x, v.ª serie, p. 406.)

Quando dicen los prehistóricos que más allá de los siete u ocho mil años que concede la Biblia, vivía también el hombre y que nos consta su género de vida por la *prehistoria*, cometen una falacia, que se llama *falsedad de principio*, porque sacan consecuencias de una proposición que nunca han probado, aunque digan con seriedad que *han probado hasta la evidencia con datos irrecusables*. No bastan hechos y observaciones para constituir ciencia: es preciso que los hechos se pesen puntualmente en justa balanza, y que bien pesados se sujeten á principios ciertos, de los cuales se deducen los hechos alguna limpia la consecuencia que intentan sacar. El primer principio que echan por delante es que el hombre prehistórico existió en realidad de verdad: de este preámbulo y de los fragmentos que les vienen á las manos deducen la piedra prehistórica, la nueva prehistórica, el arma prehistórica, la edad pre-

no sólo perfeccionó los vasos de barro fabricándolos al torno y dándoles forma artística; mas subiendo de punto su industria, señoreó los elementos, aplicó sus cuidados al comercio, inventó la escritura, fundó ciudades, levantó baluartes, estableció colonias, y alargó el paso en la senda de la civilización. Finalmente, la edad de hierro le soltó al hombre las trabas de su embrutecimiento, y restituyóle á su nativa libertad: y aquí se inaugura el tiempo histórico; el hombre escribe leyes, promueve la agricultura, adelanta las artes, atiende á la especulación, ejercita las ciencias, rige pueblos, entabla reinos, y corre á paso de gigante á la corona de conquistador de la naturaleza. Es circunstancia prin-

cipal de esta fábula el presuponer que el tránsito de una edad á otra se hizo á costa de miles de años, y que, por consiguiente, el hombre, que cursó las tres edades, debe de ser muy entrado en siglos.

Á decir verdad, no es de hoy la división proclamada por Thomsen, Lyell y otros ingleses y alemanes; casi un siglo antes de Jesucristo el epicúreo Lucrecio, patriarca patrocinador de todos los materialistas y ateos, en cuyos versos bebieron los del siglo XIX la pozoña de sus depravadas doctrinas, cantó en su poema *De rerum natura*, las tres famosas edades, diciendo:

«Arma antiqua manus, unges, dentesque fuerant
Et lapides et item sylvarum fragmina rami,
Et flamma atque ignis postquam sunt cognita primo
Posterior ferri vis est arisque rejeta
Et prior aris erat quam ferri cognitus usus.» (Lib. v.)

«Arma antiqua manus, unges, dentesque fuerant
Et lapides et item sylvarum fragmina rami,
Et flamma atque ignis postquam sunt cognita primo
Posterior ferri vis est arisque rejeta
Et prior aris erat quam ferri cognitus usus.» (Lib. v.)

No será tampoco temeridad pensar que Lucrecio no sacaría de su aljaba las flechas, ya que maldad tuviera sobrada; sino que las robaría á otro tan impudente como él; y de ellos las usurparon y las vendieron como nuevas Thomsen, Lyell, Nilsson, Torchammer, Lafitau, Mercati, Jussieu, echando fama por el orbe científico, que los pedernales, instrumentos de bronce y utensilios de hierro, son señales evidentes de la graduación y diferencias de la humana cultura; aunque á Thomsen tócale la gloria de haber extendido más las alas de su diligencia, señalando los linderos de las dichas tres edades. Los anticuarios afamados, Lubbock¹, Lyell², Mortillet³, Vogt⁴, y otros, concuerdan en que los hombres prehistóricos pasaron sucesivamente por el crisol de todas; mas no concuerdan en el señalar el trecho entre la piedra y el bronce, y entre el bronce y el hierro: aunque, según era in-

¹ L'homme avant l'histoire.

² L'ancienneté de l'homme.

³ Matér. pour l'hist. pos.

⁴ Leçons sur l'homme.

comparable la estupidez primitiva, pareciera á ellos que no puede ser sino larguísimo el intervalo, y que por tanto el apareamiento del hombre no baja de cien mil ó doscientos mil años seguros. (c)

¹ CAMESTRINI: *Origine dell'uomo*, 1866.

(c) Guarda en sus museos la arqueología huesos, secos y gastados, y junto á ellos pedazos de sílex, en maravillosa curiosidad dispuestos y ordenados. Entra un alumno de Mortillet, y con ánimo de restituir á la luz al hombre prehistórico, empieza á vaticinar sobre los desenterrados fragmentos. Compone los huesos entre sí, dando á cada uno su lugar, y supliendo los que faltan con el vigor de su ingenio. Enlazas y fortaleces con nervios de bien calculadas conjeturas, vistelos de carne con ostentación de galanísimas disposiciones, cúbrelos con pellejo de aparatosas narraciones, pinta el conjunto con monumentales colores, infunde á toda la trabazón soplo de vida con la gracia de una vivísima elocuencia, y hete ahí al hombre prehistórico saltando entre la pluma y el papel del amigo de la antigüedad. Para hombre resucitado, sólo le falta haber vivido. Y si los huesos humanos andaban mezclados con colmillos de mamut, será el hombre del mamut; si con astas de reno, será el hombre del reno; si con quijadas de oso, será el hombre del oso, y cien mil cosas de este jaez. Y si los huesos humanos sólo estaban acompañados y revueltos con fragmentos de sílex, como que el sílex es el hombre, de ahí sacarán los prehistóricos el grado de inteligencia y de cultura, el genio y condición, los usos, costumbres, trajes, guerras, oficios, ocupaciones, régimen, policía, moral y toda la historia de aquella suerte de seres prehistóricos, en el presupuesto que cada uno dista siglos sin cuento del que está situado en los eriduros un poquito más abajo. Boucher de Perthes (*Antiquités celtiques, et antédéliennes*, t. 1), Clemencia Royer (*Association française*, 1873, p. 615), Casteau (*Les ancêtres d'Adam*, p. 98), Broca (*Conférence sur les Troglodytes*, 1872), y otros sin cuento, son los nuevos artifices de estas pinturas, teniendo de continuo puestos los ojos en la divina revelación con voluntad determinada de no pelear con ella en lo más mínimo.

La perspicacia de nuestro prehistórico, vió aquí yerro y flagrante disparidad con lo que más adelante decimos. El lector concienzudo entenderá luego que la verdadera civilización, no la alcanzaron los pueblos salvajes, en hecho de verdad (y no discurrimos sobre las causas), si no es poniéndose en trato con otros más adelantados. Mas de esto nadie tiene licencia para inferir que una familia, un pueblo, aun permaneciendo en su aislamiento y en su baja rusticidad, no pudiera labrar instrumentos de piedra ó de metal con harta perfección, según que las materias se ofrecen á sus manos, y remediar sus necesidades, logrando aquel género de cultura y bienestar que cuadraba con

Importa, pues, averiguar qué estado es el que importa hemos de conceder á las edades ponderadas por la arqueología prehistórica. Primeramente la historia, maestra de la verdad, ábrenos los ojos para enseñarnos que nunca hubo pueblo tan venturoso que á sí mismo se haya bastado, sin ayuda ni trato de otro pueblo culto, para desterrar las tinieblas de la barbarie y salir de entre los zarzales de su rusticidad á campo más libre y al resplandor de la luz. Persuasiva es, ciertamente, la autoridad de Lyell, cuando sin reparo nos dice: «La incapacidad é ineptitud de las tribus salvajes se ha tocado con las manos en el Oeste de América, donde los habitantes continúan usando de la piedra, tal como sus mayores hicieron.» Si el humano linaje hubiere vivido en sus principios sujeto á esta gran miseria, no le habría sido posible, sin un milagro de Dios, sacudir la torpeza mental y moral que tanto le degradaba.

Además, ¿qué tiene que ver con la civilización el uso de la piedra? ¿Qué proporción tiene con el embrutecimiento? (d) ¿No la emplearon acaso su estado de barbarie. Sin ser esta civilización, sería prueba de ingenio. «Los audaces aventureros y ántic el antropólogo Arcelin, que vinieron los primeros á visitar las regiones inhabitadas de la Europa occidental; se hallaron separados por enormes distancias de su punto de partida, y esto explica las diferencias profundas de sus industrias en épocas tal vez contemporáneas.» (*Revue des questions scientifiques*, t. iv, p. 319) Bien expresan estas palabras los diversos grados de cultura que pueden alcanzar los pueblos, sin por eso llegar á notable civilización.

¹ L'ancienneté de l'homme, p. 418.

(d) Responde la *Revista Contemporánea*: «Ya lo creo que tiene que ver, como que las gentes que no pasaron aún de semejante estado son en la actualidad las nómadas y salvajes, faltas de toda cultura.» (Ibid., página 568.)—Nuestro argumento en esto consiste. Si la piedra fuera señal característica de embrutecimiento, no la habrían usado gentes civilizadas, antiguas y modernas, como en efecto la usaron: luego la piedra no es nota distintiva ni de salvajismo ni de atardamiento, y por consiguiente, el argumento de los prehistóricos carece de fuerza demostrativa. Sintió la energía de esta razón el prehistórico Lubbock, y confesó con li-

comúnmente las naciones de más población? Los hebreos con navajas de pie-

sura: «Muchísimas pruebas hay en confirmación de haber sido usados sincrónicamente la piedra y el bronce. Bateman ha examinado 37 tómulos que encerraban objetos de bronce, y en 20 de ellos reconoció instrumentos de piedra. Cuando fué descubierta la América, los mejicanos, aunque conocieron el bronce, empleaban pedruzcos de obsidiana para cuchillos y navajas, y aun después de admitido el hierro hacían uso de la piedra para diversas necesidades.» (*L'homme avant l'histoire*, chap. III.)

Pero los prehistóricos más refractarios sueltan este argumento, diciendo así: el embrutecimiento está íntimamente enlazado con la piedra, porque los que en la actualidad usan de ella son nómadas y salvajes. Falta aquí demostrar que manjaban instrumentos de piedra por el mero hecho de ser salvajes, y no por otras causas independientes del salvajismo; y eso no lo demuestran los prehistóricos. Antes hay hechos modernos que significan lo contrario. Los Gibaros, moradores del Rio-Bamba y Caena (república del Ecuador) son salvajes y usan metales (*Los Misioneros católicos*, 11. Jun., 1875): los Esquimales y Chippewayeses viven en plena edad neolítica: los Pieles-de-lebre pasan por la edad paleolítica (*Matériaux pour servir à l'histoire primitive*, 1874, p. 398). Sin embargo, con ser salvajes conocen el hierro, porque le tienen á mano, debiendo advertirse con cuidado que los Pieles-de-lebre, que son los menos industriosos y los más bozales, se han familiarizado con los instrumentos de metal, sustituyéndolos á los de piedra, y los Esquimales no. Estos son los hechos: confíalos entre sí el curioso lector, y vea si la piedra tiene que ver, aun en la actualidad, con el embrutecimiento, ni si indica señal de cultura ó falta de ingenio.

«Ciertos hechos nos dan lugar á pensar que los cazadores de renos, por ejemplo, que dejaron rastro entre los yacimientos cuaternarios de Europa, no eran salvajes cerriles como los neo-calcedonios ó los australianos de nuestros días. El uso exclusivo de armas ó utensilios de piedra no es incompatible con un cierto grado de civilización.» (ARCELIN: *Revue des questions scientifiques*, t. IV, p. 319.)—«¿Que relación puede haber entre los sílex y la antigüedad del hombre? Hela aquí. Si admitís que el hombre partió de la más estrechada rusticidad, y de la imbecilidad suma, para llegar al grado de ilustración que hoy poseemos, ó, as advertirán que esa evolución y ese progreso no pudo hacerse en un día, sino en millaradas de siglos. De ahí pasan á constituir un inmenso período prehistórico. Esta conclusión se halla confirmada por un gran número de etapas hechas por la humanidad al recorrer tan largo camino, etapas que son tantas cuantas son las formas ó tipos del sílex. Tal es el argumento arqueológico en toda su fuerza.» (*Études religieuses*, v. serie, t. I, p. 380.) Va confundiendo sólidamente el docto Haté este aparato científico, desechando las sombras y estantiguos de los prehistóricos.

dra administraban la circuncisión; los germanos apenas gastaban hierro, como lo refiere Tácito; los etíopes peleaban con flechas de pedernal, como narra Heródoto; los romanos tenían hechos callos en el manejo de las armas de piedra, como cuenta Micali; aun en nuestros días en el Japón, en las Californias, en Tesalia, en el Danubio, en otros cien países, ¿quién ignora que reinan instrumentos de piedra? Ahora, para que se vea cómo justamente con la piedra aliñada estuvo en uso el metal, baste recordar que los israelitas, pasado el mar Bermejo, fundían el oro y la plata con admirable artificio; (e) que los fenicios y romanos, con ser hábiles forjadores de metales, no se desdenaban de empuñar cuchillos de piedra; que los egipcios, aventajados en cultura, con instrumentos de pedernal embalsamaban los cadáveres, y hacían gaza de fraguar armas con mezcla de piedra y metal, como lo demostró el insigne Mariette. ¿Y cuántos martillos y hachas cortantes no se han descubierto

¹ Exod., IV, 25; Jos., V, 2.

² De mor. german., cap. XI, XLVI.

³ Lib. II.

⁴ Storia de li antichi popoli d'Italia, 1835, vol. 2.

⁵ Exod., IV, 25.

(e) «Este hecho arranca desde el conocimiento del cobre y del bronce.»—«Durante el gran espacio de tiempo que representan los períodos llama los páleo, meso y neolítico, el hombre no conoció metal alguno.» (Ibid., p. 568.) Estas dos afirmaciones opone la *Revista Contemporánea* á nuestro pacífico discurso.

Leemos en la Sagrada Escritura que Tubalcain fué mallador el fierro en cuncta opera arvis et ferri (Gen. IV, 22); y no dice solamente inventor, sino artífice y forjador. Otros lugares del Génesis (XX, 16; XXIII, 15; XXIV, 22, 35; XXVII, 40; XXXIV, 25) indican que los antiguos Patriarcas tenían noticia cabal y práctica de metales, muchos siglos antes que existiese el hierro que labran oro y plata, como lo significan los textos del Génesis ya citados?

¹ Coex. Num.: *Hammilal*.—Tr. I, IV, t. 26.

² Herodot.: II, 86.

en el territorio africano semejantes á los llamados prehistóricos, con la singular diferencia que cuanto más antiguos son mas finas labores ostentan? (f) Todo esto debiera dar ojos á los modernos con que supieran ver cómo la piedra no es marca de barbarie, ni señal de envilecimiento. Hemos dicho arriba cómo el santo Job describe la vida de aquellos ranchos de hombres que vivían en medio de una floreciente cultura «en barrancos y quebradas, metidos en grutas, teniendo á dicha

¹ M. CHABAS: *Étud. sur l'antiq. hist.*, 1871.

(f) Aquí se atraviesa la *Revista Contemporánea*. El P. Mir, dice, «cita hechos que no haría mal en comprobar, como el que refiere el refractario Chabas.» (Ibid., p. 570.)—No es Chabas quien le refiere (ni eso dice el texto), sino Mariette, citado con elogio por Chabas. Dice el egipólogo Mariette: «Las piedras mejor labradas se hallan en los sepulcros más antiguos.» (CHABAS: *Études sur l'antiquité historique*, p. 337.) De manera que no es uno, sino dos los que, versados en esta materia, son refractarios á la escuela prehistórica. Ni discrepa de ellos este otro: «No hay dificultad en creer que la mayor parte de los instrumentos de piedra, que se encuentran repartidos en la superficie del mundo entero, son posteriores á la invención de los metales.» (ADRIANO ARCELIN: *Revue des questions scientifiques*, t. IV, p. 319.) El protestante Naville, en el Congreso de los orientistas (Lyon 1875), declaró que en Egipto desde las más antiguas épocas se hallan vestigios simultáneos del bronce, de la piedra y del hierro. (*La Controverse*, 1887, t. 2, p. 265.)

Cuando el egipólogo Chabas presentó su libro *Études sur l'antiquité historique* á la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras, fué acogido con grandes elogios por sus ideas y por la seriedad y abino con que las esbozaba (*Comptes rendus*, 1.º serie, t. I, p. 254.) En este libro decía: «Los exploradores más ilustrados y más independientes se han dejado llevar de la aparente revelación de un mundo del todo nuevo. Con semejantes prevenciones, las perquisas y observaciones padecen una influencia en que no reparan los investigadores. Estos portan contra los hechos (se *raidissent contra los faits*) que contradicen á sus teorías, y casi sin entenderlo acumulan como pruebas de la exactitud de sus teorías gran cantidad de hechos que son dudosos por lo menos. Tiempo es ya de dar á estos estudios otra dirección.» Con que tenemos la autoridad de una ilustre Academia que mira indiferente las cuentas galanas de la escuela prehistórica. Pedir más evidente comprobación de su falsedad, sería poner en contingencia la gravedad de los autores.

las espinas y zarzales;» no estuvo, pues, tan reñida la barbarie con la civilización que no cupieran ambas en un mismo país; ni puede luego darse por prenda general de estupidéz el manejo de instrumentos de piedra.

Si nos acercamos á nuestros tiempos, para los que también han de correr las razones susodichas, «el usar los indios mejicanos sus instrumentos de pedernal, dice Solís, no impedía que fuesen excelentes maestros de obras, y menos bárbaros en medir sus edificios con la necesidad de la naturaleza, que los que fabrican grandes palacios para que viva estrechamente su vanidad.» «El ser los chichimecas y otomíes gente bárbara, dice en otra parte, sin república ni policía, que habitaban en las cavernas de la tierra, ó en las quebras de los peñascos, sustentándose de la caza y frutas de árboles silvestres», no quitó que, valiéndose de la piedra, fuesen «tan diestros en el uso de sus flechas y en servirse de las asperezas y ventajas de la montaña, que resistieron varias veces á todo el poder mejicano.»

Pasando de la nueva España á la antigua y prehistórica, viénesenos á las manos un poderoso argumento en favor de nuestra tesis. En el yacimiento de San Isidro (Madrid), notable por su espesor, han sido descubiertos instrumentos de pedernal, hachas amigdalóideas de gran tamaño y linda hechura, percutores para labrarlas, tasquillos á manera de cuchillos: junto con ellos restos del elefante, caballo, toro primitivos, del oso, león, hiena, tigre; los cuales, por ser de solar africano, pueden cuán franco tenían el paso para venir á nuestro país. Parecidos instrumentos encontráronse en Leiria y en Turinha (Portugal). Tales parecen ser los efectos más an-

¹ Job, xxx, 3.

² *Conquista de Méjico*, I, t. 1, cap. XXI.

³ Solís: *Ibid.*, I, II, cap. III.

figuros de la industria humana en la Península. (g)

Dan señales de mayor adelantamiento industrial las estaciones de la Cova Negra (Játiva), San Nicolás de la Olleria, Parpalló (Gandía), Moro (Alicante), en donde se contienen cuchillos, raspadores, cascós y punzones de sílex, dientes y huesos de caballos y toros primitivos, conchas, caparzones de moluscos, sin rastro de hueso humano. Estos despojos demuestran que en la Península ibérica iba adelantando en destreza lentamente el ingenio de los indígenas; y más claro aún lo evidencia la muchedumbre de flechas, arpones, agujas, estiletes,

(g) «No sin trabajo y contrariedades fué subiendo el hombre desde el hacha tosca de san Isidro (Madrid) al cuchillo de piedra, á la flecha, al punzón, punta de lanza, aguja de hueso, al hacha pulimentada, á la grosera cerámica...» (*Revista Contemporánea*, ibid., p. 559.)—Esta lentitud de pasos y este inmenso al parecer tan ordenado, se saca de sólo ver sus peripuestas las piezas unas sobre otras. Mas antes de inferir de la superposición el orden histórico, que es el que nos ha de servir de base, sería preciso responder con seguridad á esta sencilla pregunta: ¿se sabe con certeza cómo se originó y formó el depósito de san Isidro (Madrid)? Conviene á saber: ¿cómo con ta que la superposición fué natural y no violenta? ¿Quién ha demostrado hasta el presente que la superposición y yuxtaposición obedecieron por su orden á las leyes del tiempo y del espacio? Porque es cosa de todos conocida que para explicar el origen y formación de otro depósito, más famoso que el de san Isidro (Madrid), el depósito de Saint-Acheul, se han propuesto por los sabios nada menos que doce hipótesis, sin que sepamos en definitiva si el dicho depósito es anterior ó posterior al diluvio del Génesis, ni qué causas influyeron en su total formación.

No basta desenterrar fragmentos, ni ordenarlos, ni saldarlos, ni adorarlos; no basta echar conjeturas, ni preguntar desde la tripodé que el orden con que se hallan enterradas las cosas es ni más ni menos el mismo que guardaron en su existencia y sucesión. Eso, que á los prehistóricos les es suficiente demostración, es lo de menos para los controvertistas: examinar conjeturas, analizar causas, medir y comparar lugares, contraponer tiempos, calificar fundadamente, dar razón de lo que se dice, reponer á los argumentos en contra, es oficio del verdadero sabio, el cual se diferencia del anticuario en que éste, con armarse de martillo y brújula, y desmenuar ó piezas, limpiarlas, ordenarlas y ponerlas de manifiesto en los estantes de un

espátulas, lanzas que abundan en las cuevas de Serihá (Gerona), Santillana (Santander), San Feliú de Guixols. No menos notable es el progreso en cerámica que se observa en otras cuevas (Lóbraga, Mujer de Alhama, Tesoro), cuyos cacharros, imperfectos aún y de formas irregulares, acusan al hombre de falto de medios, no de torpe y desaliñado.

Pero lo raro es que, junto con vasijas de barro en todas formas, hállese en gran copia utensilios de pedernal, huesos de cuadrúpedos, conchas terrestres; como si dijéramos, en un mismo paradero (Argecilla, de Guadaluja), obras de dos periodos de la

museo, cumplió con su obligación honrada y provechosamente.

El sabio Hamard, que goza en Francia de merecido nombre, dice así: «Cuento más progresa la ciencia, más convencidos estamos de que la mayor parte de los depósitos y monumentos que al principio se referían á la edad de la piedra, pertenecen realmente á la de los metales. El eminente director del Museo de Saint-Germain-en-Laye, M. Alejandro Bertrand, parece que está en lo cierto cuando quiere que se confundan é identifiquen esas dos pretendidas edades, de la piedra pulimentada y del bronce, á menos por lo que toca al territorio de la antigua Galia. En hecho de verdad parece ciertamente que ambas no componen más que una, la primera de la época geológica actual.» (*Dictionnaire apologetique*, 1889, art. Pierre, ps. 2460, 2461.)

El mismo autor (*Ibid.*, art. Bronze) pregunta si el bronce ha tenido edad especial (pág. 343), y responde: «Arqueólogos y eruditos (*des archéologues et érudits*) del mérito de Alejandro Bertrand, rehusan admitirlo» (p. 344) La razón es porque «sería menester hallar y acimientos arqueológicos que nos mostrasen sobrepuestos por su orden las industrias de la piedra, del bronce y del hierro; y estos casos de superposición faltan, según parece, de todo en todo». (*Ibid.*)—Un poco más abajo, después de manifestar la confusión que resulta confiriendo los bronce de Escandinavia, Inglaterra y Francia, dice: «La consecuencia de tamaña confusión es, que importa deterrrar del mundo ó la edad de la piedra pulida, ó la del bronce. En Francia no hay lugar sino para una sola edad... Luego es menester tomar partido y hornar de la cronología prehistórica la una ó la otra de entrambas edades.» (*Ibid.*, p. 350.) Y en seguida, con copia de argumentos, extermina la edad neolítica con todas las divisiones y subdivisiones de los prehistóricos.

piedra sucesivos, las cuales prueban que el español de aquella edad iba adelantando de por sí sin necesidad de maestros extraños, ocupándose á un tiempo en trabajos paleolíticos y neolíticos. ¿Qué necesidad hay, pues, de introducir, como pretenden Mortillet y otros, un intervalo espacioso de siglos entre estos dos periodos, cuando los efectos que nuestras estaciones conservan son anteriores al neolítico, según que Vilanova oportunamente advirtió? Por esta causa la porfía de los antropólogos va hoy de vencida, siendo general opinión que no media espacio de tiempo entre los hombres paleolíticos y los neolíticos. Quatreffages, citando las exploraciones de L. Lartet y Chaplain-Duparc en la cueva Duruthy, asegura que la raza de Cro-Magnon, reputada paleolítica, yace en la referida gruta en compañía del león y del oso, y revuelta con armas é instrumentos de industria neolítica. De donde concluimos que los hombres paleolíticos conversaron y se dieron la mano con los neolíticos, presenciando las vicisitudes de la humana cultura.

Más: el periodo neolítico se enlaza estrechamente con el comienzo de los metales. Prueba irrecusable son los monumentos megalíticos, en donde se atesoran riquezas neolíticas y de metal. La cueva de Alcoy presenta 18 esqueletos humanos en cucullas con multitud de instrumentos de sílex, de hueso, marfil, diorita, feldespato, y de cerámica: la de la Mujer de Alhama llena está de iguales testimonios de mezclada industria: la de Énguera (Valencia) ostenta piezas de piedra y metal abundantes en todas maneras. Atónitos los exploradores Siret, á vista de tan preciosos tesoros de piedra y metal, como han descubierto en el Argar, Zapata, Gatas, Iñe, el Oficio

y Fuente Álamo, no reparan en testificar dos cosas: el contacto de los tiempos neolíticos con los precedentes, y el sello indígena de todas estas industrias. Otro tanto acontece en el extranjero. En muchos puntos, que fueran morada de los romanos, saltan á la vista utensilios de piedra al lado de labores de gran perfección. El infatigable Hamard cita más de sesenta localidades, en donde andan á la par las señales de edad paleolítica y neolítica. No hagamos mención de haber existido en Asia un período neolítico coetáneo al arqueolítico europeo; ni mencionemos que la Escandinavia carece totalmente de la edad de la piedra tosca y sin labrar. Pero, ¿con qué sombra de razón pueden sostenerse las divisiones y subdivisiones, las seculares distancias entre las edades de la piedra, cuando vemos al español y al extranjero ocupados en piedra rústica, al mismo tiempo que lucían su habilidad en primores de gran perfección?

¿Quién pondrá coto al ingenio del hombre? ¿Pudo en breves años adelantarse una generación, y en pocos siglos alcanzar á gran perfección de arte; lograron los cinceles griegos y los pinceles egipcios aquella subida gallarda que en vano han emulado nuestros artistas; y no pudieron ir desenrudeciéndose y crecer prósperamente, dejando á sus vecinos envueltos en la abyección, los pueblos prehistóricos dotados de un mismo temple é ingenio que los modernos americanos? Si, pues, en los siglos remotos estaba la tierra sembrada de grados diversos de policía, si tanto en Europa como en Asia, en África como en

¹ Las primeras edades del metal en el Sudeste de España, 1890, lib. II, p. 2.ª, cap. 1, p. 316.

² *Etudes critiques d'archéologie préhistorique*, página 153-163.

³ Roué: Notice somm., 1873.—LARTET: *Recue archéol.*, 1864.

⁴ *Discurso de entrada en la Academia de la Historia.*

⁵ *Hommes fossiles et hommes sauvages*, p. 38.

sombra de razón presumen los modernos levantar á tan exorbitante guarismo el dominio de la piedra, del bronce y del hierro, siendo tan imposible limitar el tiempo de cada reinado, cuán imposible es definir su total independencia? Ningún linaje de autoridad les asiste para dar 20, 30, 50, 100 mil años de existencia al hombre que pasó por esas edades, careciendo de unidad de medida con que determinar su duración, si es que alguna tuvieron. Si no, ¿hasta qué años ó siglos duró el imperio de la piedra? ¿Cuánto el cetro del bronce? ¿Dónde estrenó su jurisdicción el hierro? ¿En qué padrones berroqueños leyó el geólogo Oppert los cuarenta mil años que señala al hombre de la piedra? Cierzo: un ser que en cuarenta mil años no sale de breñas, cantos y cascajo, y discurre, y es racional, bien merece tan donosos panegíristas.

En prueba de que á la época de la piedra no corresponde necesariamente el estado salvaje, queremos conmemorar los recientes descubrimientos hechos en las minas del Monte Sinai por Juan Keast-Lord, y en las excavaciones de la antigua Ilión por el incansable Schliemann. De la circunscrita descripción que hace Keast-Lord de sus investigaciones, sacamos que el Egipto, mientras que sobresalía por su esplendorosa cultura y se gloriora de toda suerte de metales, no se desdénaba de manejar á un tiempo armas de piedra, útiles de alfarería, punzones y martillos de sílex: contraste que obligó al egiptólogo Chabas á concluir «que los egipcios, diestros en el uso del metal, empleaban al propio tiempo utensilios de piedra; no de otra manera que los bárbaros ignorantes de los metales é inhábiles para procurárselos».

Más alto hablan aún los sudores de

Schliemann, que gastó cuantiosas sumas en las excavaciones de Ilión. El relato que del hallazgo hace el abate Hamard¹ se resume en estas consecuencias: que los antiguos habitantes de la Tróade no conocieron primero la piedra que el metal, sino mucho tiempo después; que pasaron por el período de la piedra unos ocho ó nueve siglos antes de Cristo; que después de civilización adelantada cayeron de su antiguo esplendor: porque cuanto más ahondaba Schliemann las zanjas, más claras eran las muestras de la cultura troyana que le venían á las manos, hallando las más lindas piezas de alfarería entre 10 y 15 metros del suelo, y más arriba los instrumentos de piedra», como el propio Schliemann testifica. (1)

¹ *L'âge de la pierre et l'homme primitif*, p. 240, etc.

(1) El sabio A. Ducrost, mencionados estos notables descubrimientos, resultantemente concluye: «Á vista de tan preciosos resultados, fuerza será abandonar, á lo menos como general, la hipótesis, que tanto halaga á los partidarios del librepensamiento y á los enemigos de la Biblia; conviene á saber: no puede ya sostenerse que el hombre comenzó en todas partes por el estado salvaje, que sus primeras armas fueron pedruzcos de piedra, que alcanzó los metales y la perfección de su industria después de haber corrido las edades de la piedra tallada y pulimentada.» Y prosiguiendo con brio la impugnación de la prehistoria, más abajo añade: «Cartailhac (librepensador) declaró ante el Congreso de Nancy, que los trabajos de Schliemann aconsejaban á no hacer tanto caso de nuestras clasificaciones, en especial tocante á lo prehistórico.» (*Une cité préhistorique de l'âge du bronze*, 1887.) De donde con toda razón y justicia podemos inferir que la estratigrafía en ningún punto del Asia ni del África nos ha mostrado la existencia sucesiva de las tres famosas edades, antes por el contrario, argumentos positivos é ineluctables contra la teoría de los prehistóricos (*Dictionnaire apologétique*, art. *Antiquité de l'homme*, p. 223.)

En la asamblea general de la Sociedad científica de Bruselas, celebrada á 8 de Abril del presente año de 1891, un arqueólogo (M. Rauchen), que habia visitado las ruinas y excavaciones de Hissarlik, tratando de su grande importancia y significación, vino á concluir que las injustas y apasionadas diatribas dirigidas contra el benemérito Schliemann, provenían, primero de la envidia, y después «de haber dado armas sólidas con que combatir las aserciones de la escuela evolucionista.» (*Bulletin de la Société Scientifi-*

¹ *Etude sur l'antiquité hispanique*, p. 341.

Demos un paso más. Pues que, según los adversarios, los pueblos de Europa en lo más antiguo de su establecimiento admitieron la piedra para sus comunes necesidades, y sucesivamente pasaron de la piedra tallada á la pulimentada, y de ahí, por sus grados, al brillo de los metales, y á obras de alfarería é indumentaria; considerando, además, que las tribus salvajes de América y Oceanía por igual proceso subieron de los rudimentos de la piedra tosca hasta la fabricación del hierro, según que sus descubrimientos lo demuestran; como sea, por otra parte, verdad que mientras el hombre europeo y americano atravesaba los períodos de la piedra, el egipcio, el persa, el babilonio, el dardanio desplegaba las velas de su prosperidad con policía brillantísima, labrando sin sucesión de tiempo piedra y metal juntamente para ornato de sus monumentos, sin que haya quedado rastro de haberse en sus tierras sucedido las tres sobredichas edades, yendo en decadencia su civilización al compás de los siglos; de manera que si al tiempo que los occidentales aguzaban el ingenio buscando con ansia el progreso, le tenían los orientales consigo sin estorbo y sin medida, y aun daban á sus vecinos parte de sus adelantos, ¿no hay acaso razón, siendo así, para concluir que la primera civilización humana obtuvo en Asia su asiento, y que del Asia se derramó por el Occidente, y que si en el Occidente corrió varias fortunas, decayendo aquí, conservando allí su tesón, acullá pereciendo del todo y rematando en barbarie, y aun en deplorable salvajismo, la civilización asiática tardó siglos en venirse al suelo, pues que casi hasta

que de Bruselas, avril, 1891, p. 38.) Luego no son problemáticos (*Revista Contemp.*, ibid., p. 571.) los hechos en que se funda la escuela anti-prehistórica; son hechos reales y fehacientes reconocidos por corporaciones de gran nombre.

nosotros han llegado los últimos rayos de su decreciente esplendor? ¿Dónde está la ley del progreso continuo, tan encomiada por los antropólogos sistemáticos y prevenidos?

Luego no han reinado las tres edades antedichas en ningún país por su orden sucesivamente; ni, si por alguna comarca pasaron, significaban policía ó estado de embrutecimiento; tampoco es verdad que la piedra labrada ó por labrar fuese privativa de los siglos más remotos; ni es cierto que la edad neolítica precediese en Europa á la de los metales: estos asertos, que en boca de tantos eruditos corren plaza de axiomas, (1) ninguno apoyo hallan en los

(1) «Lo de que la edad neolítica no haya precedido en Europa á la de los metales, sólo es permitido aserterarlo, sin prueba alguna que lo confirme, á quien no haya saludado este linaje de estudios; pues son tantos los átos que lo contradicen, de ciertos en nuestro propio país, que apenas se comprende los ignorare persona tan ilustrada como el P. Mir.» (*Revista Contemporánea*, ibid., p. 571.)—*La Scienza italiana*, los *Ediles religiosi*, *La Revue des questions scientifiques*, *La Controverse*, *La Civiltà Cattolica*, el *Dictionnaire apologetique*; son á las balanzas, colocados en el campo de la ciencia, que cuentan con arqueólogos eminentes y con varones muy versados en la materia prehistórica: estos seis monumentos de tanta autoridad defendiendo nuestra tesis, que la *Revista Contemporánea* llama *tesis extraña y errónea* (ibid., p. 572).—No hay para qué nombrar á Chabas, á Alejandro Bertrand, á Lesele, á Arcelet, á Pablo Lioy, á Ducrost, á Pignori ni á muchos otros indagadores beneméritos, paleontólogos de cuenta, geólogos de gran fama, que combaten detodadas la escuela prehistórica. Si algún pueblo de la Península, en época determinada, usó utensilios de piedra (que no lo disputamos), ese pueblo no era España toda; ni España es toda la Europa, como debiera ser para la eficacia del argumento; y por consiguiente, queda en pie lo que tan graves autoridades tienen por cierto.

El arqueólogo inglés Mr. John Evans, en su Introducción á la *Edad del bronce*, emite este juicio dictamen: «En otra parte hice notar que las tres fases de la civilización, representadas por la edad de la piedra, del bronce y del hierro, se mezclan y confunden unas con otras, como los principales colores del arco iris; mas por lo que toca á la Gran Bretaña y á la Europa central, la sucesión de estas tres edades aparece tan bien definida como la de los colores del espectro solar.»

El cardenal Gozález, en una obra llena de erudición

depósitos estratificados. Que algunos pueblos en ciertas épocas hayan manejado armas de hueso y pedernal, según lo pedían las circunstancias locales ó comerciales, no hay por qué negarlo; pero es enteramente gratuito pensar que en toda la redondez de la tierra hayan dado principio los hombres por la piedra y pasado después al bronce, y finalmente venido al hierro en tiempos anteriores á una historia cualquiera.

El juicio del marqués de Nadaillac, consumadísimo en este género de estudios, es este: «A los anticuarios del Norte, dice, debemos esta división; ni es exacta ni bien definida; tienden á dar en tierra con elllos descubrimien-

to y doctrina, resume en estos términos la verdad de nuestra tesis: «La observación y los hechos á que debemos atenernos ante todo cuando se trata de ciencias físicas y naturales, y no á teorías formuladas de antemano y á concepciones sistemáticas, tienden á probar, por el contrario, que no existe una edad de la piedra, otra del bronce y otra del hierro, como expresión de otras tantas evoluciones progresivas y necesarias del género humano en todas sus ramas, razas y naciones, sino que existen, ó digamos mejor, existieron épocas ó períodos de la piedra, del bronce y del hierro, múltiples y diferentes entre sí, en relación con la variedad de lugares y de tiempos; siendo de notar que, hasta en comarcas no distantes entre sí, la existencia de las citadas épocas prehistóricas no se verificó en la misma forma, ni tampoco al mismo tiempo.» (*La Biblia y la ciencia*, t. II, página 373.)

Use de indulgencia el benevolento lector, y poniendo los ojos atento en el acertado dictamen de uno de los más graves e críticos del siglo XVIII acerca de los historiadores, aplíquese con mayor motivo á los nuevos prehistóricos, «Venga á tener por mayor conveniencia el no se hallar presente (á las cosas que narra) el historiador, porque así, libre de su particular opinión y noticia, que también como las de otros puede ser errada, tenga el ánimo libre y desapasionado para juzgar y conocer la verdad, examinando, sin el amor y afecto de la propia, las ajenas relaciones: cosa difícil» en los que se precian y jactan de que vieron ellos mismas las cosas, aunque con menos cuidado y atención. Por lo cual vemos que cada uno de éstos, tenzamente defende lo que le parece que vio, contra los que también afirman que vieron otra cosa, ó la misma, en diferente modo y con muy diversas cir-

tos recientes. Porque las tres edades, en realidad de verdad, no se sucedieron con orden uniforme. Si son indicios de tres jornadas distintas en la civilización, no se sigue que todos los pueblos, sin exceptuar uno, las hayan pasado ni que las pasasen en igual época. Por esto nos arremamos á la opinión de M. Bertrand¹, que dice «No hay ley general que sea aplicable á los grupos humanos, á la sucesión de las órdenes de la civilización. Creer que todas las razas pasaron forzosamente por las mismas fases de desarrollo, y que corrieron toda la serie de los estados sociales, como esta teoría quiere suponer, es gravísimo error».

Pues luego los ingleses y alemanes han hablado de imaginación, quiero

circunstancias de todo lo cual está libre el que no la vio, y desapasionado para juzgarla rectamente.» (*Fr. Jerónimo de San José: Genio de la Historia*, parte II, cap. II.)

La autoridad de este clarísimo escritor da licencia á cualquier eclesiástico para juzgar rectamente á los prehistóricos que cuentan á su manera las cosas que vieron y pasaron por sus manos. Museos arqueológicos á la vista están, libros no faltan, paciencia para revolverlos la tendrá aquel á quien Dios se la dé, que no es poca la que requieren las exigencias de esta escuela. Y aquí conviene repetir el lamento que D. Juan Catalina García expresaba en su tiempo, diciendo: «Mayor daño haremos los católicos por nuestro apartamiento de cierta clase de estudios, que los mismos que se sirven de ellos como armas de combate contra las divinas enseñanzas. Es errónea y torpísima la especie de que el ejercicio de la razón debe limitarse á ciertos campos. Tras de esto ha venido la gran desgracia de que la impiedad se levante cual si fuera dueña y señora de varios órdenes de ideas que nosotros le entregamos por nosotros mismos. De ello debemos acusarnos con provechosa sinceridad, y más importa todavía que por ello sintamos dolor y arrepentimiento, precurosos delirios de próxima enmienda.» (*La ciencia cristiana*, vol. XI, 15 Sep. 1879, p. 474.)

Entretanto, juzgue el lector, con su natural criterio, si quien estampó en la *Revista Contemporánea* la censura que encierra esta nota, lo hizo «obediendo estrictamente á las exigencias y venerandos fueros de la verdad: *Amicus Plato, magis amica veritas*» (ibidem, p. 581.)

¹ *Arch. celtique et galloise*, p. 46.

² *Les premiers hommes*, chap. I, p. 16.

decirlo así (I), y entre sueños, sin tantear las cosas, cuando pregonaron las edades prehistóricas, trayendo al mundo embaucado con sus artificiosas pinturas. Y carecen de fundamento seguro en que estribar para repartir á cada edad su duración, dado que las tres se reciben como corrientes. Por abundar en un siglo los instrumentos de piedra y escasear los de metal, no es lícito colegir que un período durase más que otro: porque fuera de que muchas piedras se labraron en tiempo de los metales, éstos se refundían y duraban menos que las piedras. En el siglo de Homero (900 A. C.) conocido era el hierro en el Sudeste, y no lo era en el siglo XIII del sitio de Troya; luego el hierro no se forjó en Grecia antes del siglo XII (A. C.). En la Italia meridional entró á reinar por el siglo XII (A. C.); más adelante cundió por la Italia septentrional; de allí pasó á las Galias; extendióse por España, y no llegó á las islas Británicas hasta el siglo IV (A. C.): por manera que para ensanchar sus dominios y mostrar su poder en toda Europa, necesitó obra de ocho siglos.

Mayor es la confusión que engendran los instrumentos de piedra labrada. Porque son comunes en los países que más tardaron en aplicarse al bronce; y al contrario, muy raros en Grecia é Italia, donde presto resplandecieron los metales: prueba clara que la edad neolítica duró pocos siglos; y sería yerro manifiesto darle excesiva duración. Los monumentos megalíticos levantados en las costas de la Escandi-

navia, en el Norte de Alemania, por el centro de Francia, por el litoral de España, desde las costas del Atlántico hasta los montes Urales, desde las fronteras de Rusia hasta las riberas del Pacífico, de las soledades de la Siberia á las llanuras del Indostán; los túmulos, semejantes á los sepulcros; los dólmenes, formados por varias piedras verticales llevando á cuevas una gran piedra rectangular, y figurando criptas y asilos; los crómlechs, círculos de piedra que cercan los dólmenes; los menhires, toscos obeliscos de peso y extensión grandísima; las galerías, ora circulares, ora rectangulares, formadas de gruesos peñascos; todos estos monumentos, esparcidos á miles por diversas comarcas, fueron erigidos, á lo que parece, por los antiguos á la memoria de sus antepasados y para sepulturas de sus cadáveres. «Tienen una arquitectura particular, dice Fergusson, que lleva señales de una raza, ó de un grado de civilización, ó de circunstancias determinadas».

Señalado es entre todos los conocidos, y puede competir en hermosura con los más lindos de Europa, el dólmen de Antequera junto á Málaga; veinte losas forman las paredes de la cripta, cinco grandes peñascos la cobijan, y tres pilares sostienen el cuarto interior de forma ovalada; mide 6^m,15 ancho; 24^m de largo; 3 de alto. Otros muchos dólmenes se ven por Asturias y por el Norte de España, y no pocos son los sembrados por el Sur. Ni son de menor estima los *talayots* de Menorca, diferentes de los dólmenes peninsulares, de los *nuragos* en Cerdeña y de las *torres* de gigantes en Malta. De los *talayots* de Menorca, y de los *clappers*, dólmenes,

¹ *Les Mon. mégal.*, trad. Hamard, p. 43.

² D. MANUEL GÓNGORA: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, 1868.

³ D. RAFAEL MITJANA: *Memoria sobre el templo druida de Antequera*, 1847.

⁴ *La scienza ital.*, 1877, vol. XI, fasc. I.

túmulos de Mallorca han discurrido sin acertar á definir su origen y condición, entre otros, Juan Ramis ¹, Antonio Ramis ², Juan Armstrong ³, Francisco Martorell y Peña ⁴, Cesáreo Fernández Duro ⁵, el archiducado de Austria ⁶, Emilio Hübnér ⁷. Á la diligencia de nuestros compatriotas encomendamos el estudio de estas construcciones megalíticas que ofrecen tantos rasgos de carácter peculiar.

Volviendo á los megalitos en común (**m**), ¿quién los fabricó? ¿quién amontonó en las recámaras tanta riqueza de armas, de utensilios y de recuerdos como contienen? «No pudo ser el acaso», responde M. Bertrand ⁸. Fábricas en tantas partes hechas con arteficio semejante, hábiles maestros suponen y muchos en número. Una familia, rama de los aryas, fué la autora de los dólmenes, dicen unos ⁹; según otros, los construyeron razas neolíticas vencidas y desterradas ¹⁰; otros los

juzgan por señales de tránsito entre la segunda edad de la piedra y los primeros albores del bronce. La opinión que más prevalece los refiere á toda suerte de razas, y no á una particular; y mira en ellos la expresión de un culto religioso y por doquier propagada ¹¹.

Si inquirimos qué gente los edificó, variaron también las opiniones. M. Bertrand cree que fueron los pueblos anteriores á los Galos; Bonstteten, tribus de pastores salidos del Indo; Ferguson, los iberos perseguidos por los cartagineses; otros, los celtas; otros, los turaneses. «La hipótesis más verosímil, dice Nadaillac, es que los megalitos fueron fabricados por los iberos, casta turanesa. Aristóteles contaba que los belicosos iberos ceñían las tumbas de sus guerreros con tantas piedras como enemigos habían muerto. Y en una tesis últimamente sustentada por M. Pélagaud, en Lyon, se prueba con excelentes razones, cómo los iberos fueron los primeros que en el Occidente supieron emplear el bronce. Si esto es verdad, á ellos debemos atribuir la propagación del metal, á ellos los adelantamientos de las artes ¹²».

Al mismo autor parécele que la erección de estos monumentos es obra de una misma casta de hombres, á causa de las particularidades que reinan en todos ¹³. Si atendemos al dictamen de Vilanova y Piera ¹⁴, resulta que estas crecidas formaciones celtas no son sino obra de un pueblo sedentario y agrícola, como lo indican los objetos de industria que encierran. Además, son de forma varia y de estructura diferente, como se ve en los de España y

Portugal; y así el carácter indígena que los distingue no permite atribuirlos á la cultura de los celtas. Servían para enterrar cadáveres en vez de quemarlos ¹⁵, si bien les faltaban tinas grandes donde conservar los huesos humanos acompañándolos de riquezas neolíticas y de metal.

Asimismo dudosa es la edad de los megalitos; porque el ser de piedra no declara en qué época se construyeron. Una cosa puede darse por evidente, y es que ningún megalito fué consagrado á la honra de los dioses paganos; circunstancia notable, que ha dividido en dos tan encontrados los pareceres, que los unos los hacen posteriores á la era vulgar, los otros los remontan á dos mil años antes de Cristo. Cierta podemos afirmar que en tiempo de Moisés había dicho Dios á su pueblo: «Si me hicieris un altar de piedra, no le construyas con piedras cortadas: que si alzares instrumento cortante sobre él, quedará contaminado ¹⁶». Y más adelante: «Cuando hubiereis pasado el Jordán, levantar piedras; yo te lo mando hoy en el monte Hebal, y las rovarás con cal, y edificarás allí altar al Señor tu Dios de piedras, no tocadas del hierro, y de peñascos informes y toscos ¹⁷». Y que se hizo así como lo había mandado, lo declara el libro de Josué ¹⁸.

De aquí parece concluirse que los megalitos no son criterios ciertos para asegurar la antigüedad del hombre, y que por lo tanto malograron en su estudio el ingenio aquellos autores que describen estos monumentos según se los pinta la ficción ó el interés, deseos de encarecer lo fabuloso de su edad, y concluyentemente queda declarado cuán poca fuerza tiene la ar-

queología prehistórica para fallar la antigüedad de la especie humana.

ARTÍCULO III.

La geología no puede definir los límites de la época actual.—El principio de las causas lentas es engañoso.—El período glacial es fundamento incierto.—La acompañada mudanza de los climas no basta.—Las vicisitudes de la superficie terrestre no son indicios suficientes.—Los productos geológicos no hablan de la antigüedad fabulosa del hombre.—Las cavernas de fenecidas especies tampoco sirven de criterio para el intento.

DIGAMOS ahora qué auxilio presta la geología á los nuevos embaidores para excederse en sus encarecimientos (**n**). Los oficios que habrían de obligar su gratitud en esta contienda, entonces serían plausibles cuando estuviera en la mano de la geología definir los límites de la época actual. Mas no es así. Porque Cuvier juzgaba que el período moderno no sube más arriba de seis mil años, Elías de Beaumont porfió que los deltas de los ríos y las dunas se formaron en épocas recientes; por el contrario, Lyell, protector de la antigüedad, quiere que el delta del Mississipi comenzase á fraguarse hace más de cien mil años;

(**n**) No le parece bien al censor cortés que se dé «el calificativo de audaces, temerarios, embaidores, y otros por el estilo á los que se dedican á cierto linaje de estudios, entre los cuales figuran eminencias dignas del mayor respeto, tales como... Tyndal» (*Revista Contemporánea*, ibid., p. 578.)

Los calificativos de audaces, temerarios, embaidores, nunca ha sido nuestro ánimo en el discurso de este libro aplicarlos á los ingenios que con glorioso desvelo se consagran al estudio de las ciencias naturales; pero cuadran muy bien á los que con vana, maligna ó exerecible intención filosofan por el campo científico, creyéndose autorizados para impugnar con impio atrevimiento la verdad revelada, y para maltratar y hacer odiosa nuestra sacrosanta religión. El paciente lector habrá podido notar con qué apasionamiento tratan los racionalistas, como Tyndal, las verdades más venerandas. (Véase pág. 122.) El que haya penetrado nuestra intención, no es de creer que la repugne; y peor sería el caso si se hiciera panegirista de su Tyndal, gran mofador de la verdad revelada y falsario del dogma católico.

¹ *Antigüedades célticas de la isla de Menorca*, 1818.

² *Inscripciones relativas á Menorca*, 1833.

³ *The history of Menorca*, 1752.

⁴ *Apuntes arqueológicos*, 1879.

⁵ *La Academia*, vol. 1, 1877.

⁶ *Die Balearen in Word und Bild*, 1884.

⁷ *La arqueología de España*, 1888.

(**m**) «Nadie los invoca como dato en pro de la antigüedad del hombre.» (*Revista Contemporánea*, ibid., p. 573.)—La época, llamada por los prehistóricos neolítica, así como posee caracteres especiales en la fauna, tiene también los suyos en la industria del hombre, de que las construcciones megalíticas y lacustres son parte muy principal. (NADAILLAC: *Les premiers hommes*, chap. v, p. 249.) Con tanta razón las invocan los eruditos para esclarecer la antigüedad del hombre, que algunos atribuyen los dólmenes y menhires europeos á la población más antigua, los túmulos á la casta invasora y dominante. Los palafitos ó construcciones lacustres se cuentan igualmente entre los monumentos de la antigüedad, y de ellos se aprovecha la escuela de Mortillet para la exorbitancia de sus cuentas. (LUBBOCK: *L'homme préhistorique*, chap. xii.—MORTILLET: *Le préhistorique*, p. 617.—NADAILLAC: *Les premiers hommes*, chap. iv, chap. xii.—FOZEX: *La terre et le récit biblique*, chap. xii.)

⁸ *Arch. celtique et gauloise*, p. 173.

⁹ ENR. MARTIN: *De l'origine de mégal.*

¹⁰ MAURY: *Journal des savants*, 1877.

¹¹ VILANOVA: *Compendio de Geol.*, p. iii, cap. iii.

¹² NADAILLAC: *Les premiers hommes*, t. 1, chap. vi.

¹³ *Les premiers hommes*, t. 1, chap. vi.

¹⁴ *Mœurs et monuments des peuples préhistoriques*, 1888, chap. v.

¹⁵ *Discurso de entrada en la Academia de la Historia*.

¹⁶ CARTAGINAC: *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*.

¹⁷ Exod., xv, 25.

¹⁸ Deuter., xxvii, 4.

¹⁹ VIII, 3.

no que pretenda que el hombre date del nacimiento de ese delta, pero tampoco le duele, sino que le regocija, la novedad del Dr. Dowler, que dió noticia de un esqueleto humano hallado, dicen, en el mismo delta, y que por buena cuenta tendrá ahí unos cincuenta y siete mil años de existencia. Otro menos mirado hace remontar la formación del delta, á ciento cincuenta y ocho mil años, y para que nadie se llame á engaño, emplaza la admiración del público á los ulteriores descubrimientos, encomendando al porvenir la confirmación de su exorbitante guarismo. Con este autor acota el ponderativo Vogt, rubricando con su firma la edad de los ciento cincuenta y ocho mil años; en cuyo trecho parece que vivieron hombres y desaparecieron como humo con tristes y alegres sucesos; si bien se le parte el corazón de pena viendo que los esfuerzos de los sabios no han llenado aún las medidas á las aspiraciones de la ciencia. En fin, el mesurado Quatrefages, en una obra reciente, piensa que «lo único que puede decirse por cierto, es que el período geológico actual asciende á más de siete ú ocho mil años y no pasa de cien mil».

El discurso de semejantes escritores se funda en el principio recibido por ellos como infalible verdad, que los sucesos geológicos se efectuaron en lo antiguo con la misma lentitud que ahora presenciamos. Principio engañoso, que ni se demuestra, ni se sostiene. ¿Quién es tan temerario que quiera encadenar la acción de las causas naturales? ¿Quién enfrenará las violentas crecientes y pondrá coto á los eventos tan apresurados cuanto portentosos de las primeras edades?

¹ MARGOU: *Bullet. des Soc. Géol. de France*, II^o ser., t. XII.

² *Leçons sur l'homme*.

³ *Introduction à l'étude des races humaines*, 1883, p. 62.

Pues aquella pausa que en la formación de los terrenos tuvo Lyell por averiguada, acomodóla también á la institución de las razas humanas, señalando á cada una un espacio dilatadísimo en que explayarse y constituirse. Empero ningún argumento trae en pro de su aseveración, que no vaya encajado en alguna hipótesis graciosa. Porque á poco que pongamos los ojos en lo acaecido después del diluvio, notaremos, como lo notó Quatrefages¹, que al separarse las familias en la torre de Babel, el mismo aislamiento en que vivieron, la condición peculiar de cada suelo, las circunstancias de los climas, la diversidad de costumbres, la calidad de los alimentos, la desigualdad de los enlaces, la desproporción de las causas físicas, las tendencias de cada familia y otras anomalías que no alcanzamos, ayudaron poderosamente á fundar y consolidar las diferentes castas actuales en menos siglos que la porfía de los antropólogos demanda.

Esto pensaba el avisado Quatrefages diez años ha. Mas el poder de las opiniones radicales, que en Francia tiene el cetro y la corona y está sentado en la cátedra de pestilencia, le ha atado de tal manera las manos, que ya hoy no siente pecho para pelear con denuedo. Porque en la *Introducción al estudio de las razas humanas*, á fin de venir á establecer los límites de ocho mil y cien mil años, entre otras cosas asienta que durante la era cuaternaria se propagaron en la Europa Occidental hasta seis razas de hombres enteramente distintas. Á la verdad, los restos humanos que el suelo cuaternario ha dado, aunque lleven una tal cual divisa particular, no la señalan de forma que dé derecho para constituir seis castas diversas. Además, ante todo debería determinarse aproximadamente el punto en que da principio la época

¹ *De l'unité de l'esp. hum.*

geológica presente: no constando qué linaje de sucesos separan la época cuaternaria de la nuestra, es imposible filosofar con acierto, y es empeñarse en afirmaciones difíciles de sostener.

Tampoco les sirve de arriado á los geólogos el período glacial. (o)

(o) «Ni hay tal período, sino varias formaciones glaciares, ni geólogo alguno, que yo sepa á lo menos, las considera como fundamento para descifrar la inauguración de la época moderna.» (*Revue Contemporaine*, ibid., p. 573.) Mortillet, gran paladín del bando prehistórico, aclamado por los franceses primer maestro de la escuela prehistórica, con intento de hacer creíbles los 230 ó 240 mil años que quería dar á la edad del hombre, dividió la edad paleolítica de la era cuaternaria en cuatro partes; á una de las cuales, que llamó *moustérienne*, concedió cien mil años, tantos cuantos conceptuaba que había durado el período glacial. Quien esto ignora, también ignorará que Mortillet calculó con gran trabajo que una piedra para correr desde el centro del glaciar hasta el extremo hubo menester espacio de 4,468 años; y, por consiguiente, ignorará que el jefe de la escuela prehistórica francesa quisiera sacar tan inauditas computaciones del período glacial. Mucha ignorancia es esa. Mas probando que el glaciar de Mortillet es muy anterior á la venida del hombre (ARCAUS: *Les glaciers à l'époque quaternaire*.—*Revue des questions scientifiques*, 1891, t. xxx, p. 388), queda Mortillet armado y puesta en claro la importancia de los glaciares en la cuestión que nos ocupa.

En la cual es muy para considerar que á la época postglacial ó moderna concede M. Warren Upham 10,000 años, M. Gilbert 7,000, el Dr. Andrews, 7,500, M. Emerson 10,000, el marqués de Nadailiac 8,000; el cual, dando por firme la existencia y valor de los glaciares, dice: «Yo no tendría reparo en afirmar con M. Arcein, uno de nuestros más concienzudos y competentes sabios, que las informaciones que vayamos recibiendo, en vez de realizar la grandísima antigüedad del hombre, comprobarán por el contrario que la extensión y cesación de los glaciares son sucesos más recientes de lo que hasta ahora se pensó. Tal parece ser el juicio de M. Warren Upham: las observaciones actuales, dice, permiten juzgar que el fin del período glacial es mucho más moderno de lo que se creía.» (*Les plus anciens vestiges de l'homme en Amérique*: *Revue des questions scientifiques*, t. xxx, juillet 1891, p. 161.) Este dictamen, que vale por tres, muestra cuán á la ligera sentencian su causa los modernos prehistóricos.

Los que persisten negando que haya habido en la era cuaternaria período glacial, poco monta que porfien. El marqués de Nadailiac, pesadas las dificultades acumuladas por Saporta, concluye: «No hay razón para negar la existencia del período glacial.» (*Les*

ocurrido en la era cuaternaria, por ser fundamento ineficaz y de escabrosa dificultad para descifrar la inauguración de la época moderna. Porque si bien el común de los materialistas admite como constante que el hombre existía antes del glaciar, que convirtió la Europa toda en inmensa nevera; no pocos son los que lo niegan, como antes decíamos. Si damos preferencia á la opinión que ha tenido tantos secuaces¹, y refiere los glaciares á la precesión de los equinoccios y á las variaciones de la eclíptica, en los nueve mil años (A. C.) se apoderaron de la tierra los fieros mortales y desoladores. Si se reciben dos glaciares, uno á fines del terciario y otro á fines del cuaternario, como muchos quieren, y que entremedias viniese al mundo el hombre y morase entre los grandes mamíferos, mas no de suerte que el segundo glaciar acabase con todos los hombres, puesto caso que á vueltas de él perecieron y cesaron innumerables animales; entonces, el período cuaternario abarcaría solo veinte mil años, y el afebril habría coincidido dos veces con el solsticio de invierno, y el hombre habría sido poderoso para sobrelevar heroicamente, y gallardamente contrastar las heladas y la crudeza de aquellos frios que consumieron los grandes paquidernos. Mas bien se entiende por esta cuenta cuán fallida les sale la suya á los antropólogos, que, perdido el miedo á la antigüedad, suben por el mayor montón la edad de la especie humana.

Una de las razones en que nuestros cronólogos fundan la largura de los siglos, es la mudanza lenta que en los climas se ha advertido desde que hay hombres en el mundo. Mas, mirando las cosas con más tiento, se echa de

premiers hommes, chap. x.—*La Controverse*, 1886, nov.—HAMARD: *Études critiques d'archéologie préhistorique*.) Y en esto convienen los geólogos americanos.

¹ PÉREZ ARCAUS: *Elm. de Zool.*, p. 168.

ver que el tiempo cuaternario poco difería del presente; era, sí, más frío que cuando acaeció el espantoso glaciarse; pero no estaría en lo cierto quien atribuyese al cuaternario una temperatura elevada y uniforme, ó muy húmeda y fría; porque los restos de animales hallados en varios países demuestran que aquel clima, en parte, fué más frío y húmedo que el nuestro y más cálido también, pero no tanto como quisieran los adversarios, los cuales por lo mismo son convencidos de salir del camino de la verdad en el dar á aquellos tiempos una duración fabulosa. Abriendo las historias más antiguas, es cosa de maravilla cómo nos pintan las tierras, que en la actualidad gozan de cielo benigno, presas de frío intolerable. Tal es la descripción que hace Heródoto de la Escitia¹ y del Danubio, y Aristóteles de la Galia², y Teofrasto de la Grecia, y Plinio de Italia³; de cuyos testimonios y de otros que pasamos en silencio, y que nos cuentan alteraciones parecidas en otros países, se saca que para dar con inviernos más rigurosos que los nuestros, no es menester alargar la rienda á muchos centenares de siglos, y que por consiguiente la era cuaternaria dista de nosotros menos de lo que piensan los amigos de las causas lentas.

Atendiendo á los levantamientos de tierra, que en muchos parajes han causado deformaciones orográficas, no hay por qué fingir tiempos infinitos para su verificación. Podrá ofrecérselos á Lyell y á Mortillet la tierra debajo de forma monstruosa, podrá dibujar su imaginación un mapa geográfico artificial, podrán hacer presencia en su fantasía, aquí hundimientos, acullá oscilaciones, acá levantamientos, allí diluvios, en otra parte

¹ Lib. IV, cap. XVIII.

² De gener. animal. l. II, cap. V.

³ Hist. Nat., XVII.

volcanes; haga en buen hora asiento en sus ingenios la acompasada pereza de las leyes y la suma lentitud de los sucesos; mas ¿quién sino la hipótesis viste con hermosas galas estas ficciones que tienen tan poderosos contrarios? La tradición nos señala con el dedo la existencia de la Atlántida, que en tiempos históricos y modernos parece se sumió en las ondas del Océano, dejando otros hechos de no menor consideración.

Otro tanto debemos resolver de las mudanzas producidas en la superficie terrestre: ninguna de ellas pide tiempo ilimitado. Los aluviones cuaternarios, causados por inundaciones violentas, en pocos siglos pudieron formarse; siendo cosa notoria que antes de la era vulgar las corrientes de los ríos acarreaban materiales con tanta facilidad, que en breve trocaban el nivel de los terrenos, efectuaban la erosión y transporte de las gravas y cantos, vaciaban valles, alzaban ribazos, asentaban depósitos, formaban lomas asolando en breve tiempo y dejando sin moradas vegas y praderías enteras. Lyell mismo refiere que en 1603 una bocanada de lava cegó un riachuelo que corría al pie del Etna, y á la vuelta de doscientos años, el arroyo había ahondado un lecho de cuarenta pies en medio de la masa compacta. No van tan despacio las cosas como se las pinta su deseo á los sabios.

¿Qué diremos de las turberas, que diz gastaron miles de siglos en tomar asiento? Para tenerlas por de moderna formación, basta considerar que nunca descansan debajo de aluviones cuaternarios, que los restos animales que en ellas yacen son de especies recientes, que los efectos de industria que contienen indican civilización y cultura. El sabio Steenstrup se alarga á conceder cuatro mil años á los turba-

¹ La Controverse, 1886, p. 499.

les de Dinamarca, y los geólogos más acreditados les dan apenas un par de siglos. La solución estriba en el grueso que alcanza una turbera en cada siglo. ¿Quién fijará la medida? Y si alguno pretende señalarla valiéndose de las turbas actuales, mire no se alabe de vencedor; porque las circunstancias de ahora distan infinito de los climas húmedos y revueltos de aquella sazón (p). Boucher de Perthes concedía solos cuatro centímetros á cada siglo; al contrario, Andrews da cincuenta, y aun sesenta á los turbales americanos; y la misma formación atribuyen muchos á los irlandeses. «Un siglo basta, dice Vézian, para que

¹ NEUVILLE: *Matér. pour l'hist. de l'homme*, 1876, p. 358.—VÉZIAN: *Prodrôme de géol.*—HARARD: *L'archéologie préhistorique*.

(p) La escuela glacialista defiende la suma intensidad del frío en la época cuaternaria: la escuela opuesta se inclina á que reinaba temperatura dulce y más igual que la presente. Entre estas dos escuelas un término medio parece más aceptable, es decir, un clima algo más frío y mucho más húmedo que el nuestro. (La Controverse, 1886, t. VIII, p. 356.—LAPPARENT: *Traité de Géologie*, p. 1272.) Temperatura un poco más baja (según C. Martins sería inferior en cuatro grados), y notable humedad son los dos caracteres más principales del clima cuaternario. Otras circunstancias le acompañaban, que hicieron impracticable la formación de turberas. La más principal fué la violencia de las inundaciones, á la sazón frequentísimas. Quien contempla las masas de aluviones y los enormes amontonamientos de gravas y arena, que ocupan valles y laderas, no acaba de persuadirse que la marcha de los actuales ríos pudiera obrar tan inmenso trabajo de erosión y transporte. En una memoria (*De Moujich al Pajiol*, 1879) de D. Jaime Almera, se ve una prueba clara de esta verdad (p. 45), amén de lo que dice M. Mercy sobre las aguas de la Somme (*Bulletin de la Société géologique de France*, 1876, p. 347.).

Según esto, las turberas, á causa de la agitación de aquellas corrientes, no podían formarse en la época cuaternaria: «á haberse entonces formado, las extraordinarias crecientes y avenidas que caracterizan aquellos tiempos habrían llevado tras sí los bancos de turbas.» (La Controverse, 1886, t. VIII, p. 173.) Por causa de esto decimos, que «las circunstancias de ahora (y sólo señalamos una) distan infinito de los climas húmedos y revueltos de aquella sazón, sin que el discreto lector pueda descubrir, entre esto y lo que antes dijimos, la contrariedad que se le ofreció al académico censor (*Rev. Contemp.*, p. 574.).

unos humildes musgos produzcan un banco de turba de tres metros.¹ ¿Cuán lejos van estos dictámenes de los innumerables años que exigen los adversarios!

No es otro el concepto que debe hacerse de las estalagmitas que se levantan en el suelo de las cavernas, y suben á veces á abrazarse y hacer cuerpo con las estalactitas suspensas en la bóveda, productos ambos del carbonato de cal que deja depositado é infiltra el agua goteando de lo alto de las cuevas. Mucho ha hilado la imaginación en ponderar los años que tardan en criarse estas incrustaciones calcáreas, llegando la admiración de algún geólogo á concederles millares de años. Pero, observada cuidadosamente la formación, se ha averiguado que, por lo común, crece cinco milímetros por año, y tal vez nueve.² Y aunque en algunas cuevas, como en las de Artá (Mallorca), las estalagmitas apenas adelantan un milímetro cada diez años; mas como dice con razón Desnoyer: «No hay cosa tan ocasionada á yerros como los cálculos fundados en el largo tiempo gastado en estas concreciones; ni hay cosa menos regular ni más inconstante, porque dependiendo su crecimiento de circunstancias accidentales, varía de una gruta á otra, en la misma gruta es diverso según las partes; en fin, cotejadas unas con otras, dan margen á conclusiones encontradas.³»

Parecida es la dificultad que ocurre en las cavernas, cuyos pisos son de edades muy varias, y andan en ellos á vueltas esqueletos de hombres y de bestias en grandísima confusión; de manera que yerran los que dan á tiempos inmemoriales los sílices y huesos hallados en depósitos fosilíferos, que, si hacemos cuenta de las perturbacio-

¹ *Prodrôme de géologie*.

² J. SOUTHALL: *The recent origin of man*, p. 122.

³ *Diction. d'hist. natur.*, art. *Grottes*.

nes locales, pueden ser recientes y de ayer.

En confirmación de lo dicho, respondamos al argumento que los amigos de la antigüedad sacan de las especies extintas (q). El hombre, dicen, vivió

(q) «El encontrarse los restos del hombre y de su tosca industria junto con los del Elefante primitivo, del Oso de las Cavernas... y de otras especies extinguidas... prueba la remotísima antigüedad del hombre.» (*Revista Contemporánea*, *ibid.*, p. 574).

Para que la prueba, es preciso satisfacer á estas preguntas: ¿Cómo se demuestra que todas las especies extinguidas se extinguieron sucesivamente? Si se extinguieron sucesivamente, ¿con qué suerte de sucesión dejaron de ser? ¿Cuántos años mediaron entre el desaparecimiento de dos especies? Porque si fueron ciento las especies extinguidas, por ejemplo, y acabaron cinco en cada siglo, al cabo de veinte siglos hubieron todas de cesar. ¿Qué respuesta dan los arqueólogos al rigor de estas preguntas? Ninguna que satisfaga: no se entienden entre sí.

«Es disputable, dice Hamard, que el elefante cuaternario deba contarse entre los animales extintos.» (*La Controverse*, 1887, t. x, p. 517) «Hubo de sobrevivir á la mayor parte de especies fenecidas», añade Lyell (*Principes géologie*, t. 1, p. 325). Otros autores comúnmente le creen cuaternario. Pero «nadie me hará creer á mí (dice un escritor gravísimo hablando del descubrimiento, hecho en la Siberia, del mamut conservado en carnes frescas dentro del hielo) que haya sido posible alimentar á perros, en 1806, con carne de un animal muerto antes de los tiempos históricos, es decir, cinco ó seis mil años hace. Si fuera menester, razones no me faltarían en que fundar mi incredulidad.» (*Dictionnaire universel d'hist. natur.* par Dorsigny, art. *Elephant*.)

El Oso de las Cavernas es reputado por Lartet el animal más antiguo entre los compañeros cuaternarios del hombre: otros ni tan siquiera le hacen cuaternario. (*La Controverse*, t. x, p. 524.) El león de las cavernas, quien le tiene por antiguo, quien le confunde con el actual (Lubbock: *L'homme préhistorique*, p. 265). La hiena de las cavernas, en concepto de Lartet y de Chantre, pertenece á la época moderna (*Revue Scientifique*, 1876, t. 1, p. 364), aunque en opinión de otros feneció en el cuaternario. El reno es especie emigrada, no extinguida, para Hamard (*La Controverse*, t. x, p. 529); para Lartet, es característica del tiempo cuaternario; para Gaudry, es anterior (*Materiaux pour l'hist. des temps. quatern.*, 1876); para Mortillet, desapareció hace quince mil años; para Nilson, vivió en tiempo de César (*Les habitants primitifs de la Scandinavie*, p. 303). ¿El buey primigenio ha de colocarse entre las especies fallidas ó entre las emigradas? a) No lo sabemos, responde Hamard. Que feneció ha sido hasta el presente común opinión; pero la contraria,

juntamente con ellas; son de época inmemorial; luego el hombre es más antiguo de lo que comúnmente pensamos. En la menor de este silogismo está solapada una insigne falsedad. Porque las especies fenecidas no son tan antiguas como eso; en el espacio de dos mil años, son sin cuento las que han faltado en Europa y en otras partes del mundo. Á M. Gerard debemos esta conclusión; en quince ó veinte siglos han perecido en el suelo de la Alsacia doce especies de mamíferos¹. Emílio Blanchard cuenta más de nueve especies de animales borrados por la muerte en pocos siglos². Basta leer las obras de César³, de Plinio⁴, de Macrobio⁵, para entender que el uro y el oroque existían en su tiempo en la Europa central. En vida de Aristóteles las focas, las ballenas y otros cetáceos eran frecuentes en las aguas del Mediterráneo. El león, la pantera, el linco, el oso, poblaban la Grecia, como se ve en Jenofonte⁶ y Pausanias⁷; el elefante, el rinoceronte y el cocodrilo moraban en el Norte de África durante el imperio romano⁸.

¿Qué más? En las islas Mascareñas (África), á fines del siglo xvii, florecían anguilas monstruosas, tortugas de un quintal, murciélagos disformes, muchedumbre de ratones, palomos domésticos, papagayos verdes y azules y una infinidad de otras aves terres-

que ve en él un antepasado del buey actual, tiende á prevalecer.» (*La Controverse*, t. x, p. 538.)

En tanta lucha de pareceres, ¿quién osará afirmar que el encontrarse huesos humanos junto con huesos de las especies dichas, sea argumento de la remotísima antigüedad del hombre, como se afirma en la *Revista Contemporánea*?

¹ *Essai sur la faune historique de l'Alsace*, 1871.

² *Les animaux disparus depuis les âges historiques: Revue de deux mondes*, 1870, 15 Oct.

³ *De bello gallico*, vi, 28.

⁴ *Hist. natur.*, viii, 15.

⁵ *Satur.*, vi, 4.

⁶ *De la caza*, cap. xi.

⁷ *Voyage en Grèce*, vi, 5.

⁸ *Plinio: Hist. nat.*, vi, 29.

tres y marinas¹. Á fines del siglo pasado toda esta fauna casi enteramente faltó. De estos hechos testificados por la historia se sigue que la extinción de las especies no pide tantos siglos como enseñan los arqueólogos prehistóricos; y, por consiguiente, la existencia de animales extintos no arguye desmesurada antigüedad. Dondequiera que exista el hombre, los animales corren más riesgo de perecer y de rematar su especie, ora porque su vida de ellos le es nociva, ora porque su muerte le es sustento, ora porque su caza le sirve de placer. Por tanto, «no es de maravillar que las especies cuaternarias que el hombre halló en posesión del suelo al principio de su existencia, le cediesen luego el lugar y desapareciesen del campo de la vida²». Así que el hallarse en las cavernas mezclados huesos de hombres y huesos de

animales fenecidos, no prueba la antigüedad de la especie humana.

Y pues son así las cosas, y el período cuaternario fué señalado por la actividad de los agentes exteriores, y supuesto que los sucesos que con los ojos presenciarnos no nos enteran de cómo se llevaron á cabo; muy justo es concluir no ser posible científicamente computar el tiempo transcurrido desde que el hombre vino á morar entre los animales como su rey y señor. Dice Prestwich: «Yo infiero que nuestra experiencia es sumamente limitada para abastecernos de datos fidedignos; todo empeño de concluir de lo particular lo universal deberá ser notado de falaz y erróneo. Las grandes quiebras y revueltas de los estratos y la vasta erupción de peñascos desgajados, indican cuán poderosas fueron las fuerzas que obraron: averiguar su intensidad, es tan dificultoso como medir el cielo á palmos³».

¹ *Aventuras de Fr. Leguat*.

² *HAMARD: La Controverse*, 1887, p. 403.

³ *Nature*, 18 Feb. 1875.

